

Génesis del Socratismo cristiano de Gabriel Marcel

Gabriel Marcel, lo mismo que otros filósofos, no aceptó de buen grado que historiadores o discípulos lo etiquetaran como pensador de una determinada especie («existencialista», por ejemplo). Filósofo y no más. Los encasillamientos tienen algo o mucho de convencional. Pero, si hubiera que apodarle con algún calificativo, sus preferencias irían por el de filósofo «neosocrático», con claro matiz de «socratismo cristiano», reuniendo en sí este doble matiz: «actitud interiorizadora» (característica del hombre personalizado o socrático) e «interiorización que culmina en fe», sin ruptura de continuidad. En este artículo se retiene esa expresión, como sustitutiva y más bella que la de «existencialista»¹. Lo cual no será obstáculo para poner de manifiesto multitud de ele-

1 Cfr. *Entretiens Paul Ricoeur-Gabriel Marcel* (Aubier-Montaigne, París 1967) pp. 73-75; F. B. Carmona: *Gabriel Marcel* (EPESA, Madrid 1970) p.19. Obras más utilizadas en este artículo: a) De G. Marcel: *Journal Metaphysique*, (Gallimard, París, 9ª edit.,1935); *Etre et Avoir*, (Aubier-Montaigne, París 1935); *Aproximación al misterio del ser (Position et approches...)* trad. de J. L. Cañas (Encuentro, Madrid 1987); *Du refus à l'invocation* (Gallimard, París, 3ª ed.,1948); *Regard en arriere*, en la obra *Existencialisme chrétien* (Plon, París 1947); *El misterio del ser*, trad. de M. A. Valentí (Sudamericana, Buenos Aires 1955); *Homo viator. Prolegómenos para una Metafísica de la Esperanza*, trad. Zanetti (Nova Terra, Buenos Aires 1954); *Los hombres contra lo humano*, trad. B. Guido (Hachette, Buenos Aires 1955); b) Estudios sobre Marcel: R. Troisfontaines, *De l'Existence à l'Être*, t. I (Nauwelaerts, Paris-Louvain 1968); F. Blázquez: *La filosofía de G. Marcel* (Encuentro, Madrid 1988); M. Davy: *El filósofo itinerante G. Marcel* (Gredos, Madrid 1963); J. Aduriz: *Gabriel Marcel* (Espasa-Calpe, Madrid 1949); E. Sottiaux: *G. Marcel, philosophe et dramaturge* (Nauwelaerts, Louvain-Paris 1956); J. Chenu: *Le Théâtre de G. Marcel...* (Aubier, París 1948).

mentos por los que este gran hombre (músico, dramaturgo, psicólogo penetrante y profundo meditativo del ser y sus misterios), vive su «situación» con el dramatismo vital de los mejores existencialistas abiertos a la esperanza.

El artículo se escribe con motivo de celebrar el centenario de su nacimiento (1889). Detalle especialmente sugeridor a la hora de pergeñarlo cual reflexión «desde el comienzo de una vida», es decir observando a la persona de G. Marcel en su génesis de personalidad y en evolución de pensamiento, hasta que cuaja su maduro socratismo cristiano.

El desarrollo consta de cinco momentos: 1° Marcel: mirada retrospectiva sobre el hogar y escuela; 2° Huida de una experiencia «empírica» y recurso al idealismo; 3° Angostura del idealismo y reclamo de la realidad concreta; 4° Pensar desde el hombre y para el hombre; 5° Génesis de una filosofía ontológica concreta; 6° Conclusión breve.

1. MARCEL: MIRADA RETROSPECTIVA SOBRE EL HOGAR Y ESCUELA.

El 17 de diciembre de 1889, en el hogar parisino de un hombre notablemente culto, leedor, sensible a las artes, diplomático, (que ejerció como embajador, consejero de Estado, director de Bellas Artes, Biblioteca y Museos Nacionales), y de una mujer que se le haría entrañable, nació Gabriel Marcel. Hijo único, y, como tal, privilegiado en ciertos detalles y perjudicado en otros.

Según testimonio fidedigno del propio Marcel que, en mirada retrospectiva –*Regard en arriere*²– nos ha dejado un documento precioso (como para ser recordado en esta fecha centenaria), su padre era: inteligente, culto y esteta; educado en cristiano, pero tan agnóstico como cualquier otro pensador que a finales del XIX se alimentara en libros de Taine, Spen-

2 Cfr. G. Marcel: 'Regard en arriere', en *Existencialisme chrétien*, p. 229. Las citas en el texto (R.A.) corresponden a ese trabajo y libro.

cer, Renan; tan admirador de los valores del catolicismo en el arte como despreciativo de las que llama supersticiones religiosas, que un librepensador no puede aceptar; tan recto en política y civismo como despreocupado de la orientación «espiritual» de su hijo; tan bien situado socialmente como para garantizar a su hijo su presencia en todos los mundos culturales que pudiera acariciar: libros, teatro, tertulias, universidades, viajes, experiencias (R.A., 299).

Su madre (bien dotada y muy próxima, pero que sucumbió a los cuatro años del nacimiento del niño, víctima de esfuerzos desconsiderados al lado de su esposo) le proporcionó dos experiencias de gran valor: la primera e inolvidable vivencia interior de lo que significa un *encuentro de amor-amistad*, y, lamentablemente, el primer dolor por la *ausencia del ser amado* que, muerto, se oculta, más allá de los sentidos, en un claroscuro de misterio. Ausencia que, en el amor, sigue siendo, a su modo, presencia. Los interrogantes que se le suscitan a partir de estos hechos son punto de partida para la comprensión de un estilo de reflexión filosófico-religiosa. «Iba yo a cumplir cuatro años cuando la perdí (a su madre). Independientemente de las pocas imágenes precisas que he podido conservar de ella, *ella me ha estado presente; de una manera misteriosa ha estado siempre conmigo...*» (R.A. 302).

Su tía, hermana de su madre, fue la mujer con quien se desposó su padre en segundas nupcias para aminorar la soledad del niño: mujer bien dotada, pero carácter distinto del de su madre, a la que acabó eclipsando como educadora; era judía de origen, y alejada de toda religión, hasta que se convirtió al protestantismo liberal; lectora de poetas pesimistas del XIX; conciencia aguda del «sinsentido vital», pues veía a los hombres hijos de un juego de circunstancias en mundos inhóspitos; pero dispuesta a forjarse actitudes de olvido de sí misma para dulcificar un tanto la vida de los compañeros de viaje, imponiéndose estrictísima disciplina moral (R.A., 300). El papel de estas dos mujeres tendrá carácter un tanto simbólico: de lo «visible» y de lo «invisible» para la conciencia, vida y saber humano.

La *atmósfera* o *ámbito familiar* constituyó un auténtico drama para la infancia del niño, muy sensible afectivamente y

enclenque de salud. Se veía, es verdad, colmado de atenciones, y él correspondía amorosamente a los suyos; pero su universo infantil era desértico, amargo. Sus caminos de soledad estaban jalonados de imperativos morales, y el celo paterno le hacía centro de todas sus miradas y pensamientos, y esto alteraba su paz. Su cielo se poblaba de soledades y desesperanzas invencibles, hasta el punto de que la tensión interior –desconocida por sus padres– llegó en ocasiones al paroxismo. Aparentemente nadie lo hubiera dicho de aquel niño que, a los cinco años, de la mano de su padre, ya vivía con emoción las escenas del teatro; que, a los siete, construía sus primeros esbozos de diálogo escénico; y la los ocho, se formulaba interrogantes sobre «pervivencia» o «extinción» de los seres humanos: puntos de partida germinales que sólo años más tarde obtendrán repuesta filosófica.

Esa atmósfera se enrareció aún más con la fría despersonalización de las aulas escolares: cobijo de *sistemas educativos* que, con anuencia de profesores y padres, marcaban pautas de aprendizaje literario, técnico, memorístico, sin prestar atención al conocimiento del hombre íntimo en su despertar; que primaban rendimientos y no evolución armónica de las personas; y fomentaban éxitos académicos más bien que apreciación de sí mismo, de los hombres, de las cosas y de su íntimo sentido. Su objetivo se resumiría diciendo que fabricaban hombres. « Yo recuerdo (dice), y conservo todavía en el fondo de mí mismo, la exasperación con que miraba el alumno *ideal/perfecto*, al pálido arquetipo con el cual tenía conciencia de que era confrontado en todo momento...» (R.A. 302).

La imagen que de Marcel así se perfila, en boceto, tiene de fondo pinceladas muy duras: *tristeza* de vivir en *soledad forzosa* (por ausencia de hermanos y de comunicación íntima); vislumbre de desesperación o *pérdida de sentido*; *angustia* y destrozo que se acrecienta en su rebeldía contra la vida escolar estereotipada y fría; *sentimientos* no bien formulados ante la imagen/terror de la muerte y supervivencia; *indiferencia/silencio* ante cualquier tipo de formación religiosa. (No piensa siquiera que los jóvenes creyentes con quienes, sin ser parte del «grupo de amigos» formado por indiferentes

e hijos de ateos, se codeaba en las aulas reciban enriquecimiento alguno acudiendo a clases o encuentros de carácter espiritual/religioso. No se muestra ni celoso, ni apreciativo, ni despectivo. Convive respetuoso) (R.A. 303-308).

Esa «situación desértica» genera también nostalgia de compañía en intimidad, sobrecogimiento ante un mundo que es condominio de la conciencia moral y de la muerte, añoranza materna siempre mantenida, freno en el desarrollo físico e intelectual; pero tiene una serie de atenuantes que —en años de Liceo, y más aún en los inicios del estudio de la Filosofía—, actúan saludablemente sobre él: por ejemplo, viajes con su padre diplomático, que, ya a sus nueve años, son ocasión valiosísima para relacionarse con una naturaleza exuberante, en Suecia; encuentro con hijos de diplomáticos que le sacan de su peligro de repliegue interior; regusto de un plan de estudios personalizados a domicilio; recurso espontáneo, frecuente, a las obras y autores de la biblioteca paterna, para compensar la repugnancia «que me iba inspirando el espíritu de abstracción del que...era irrisorio paladión el mismo Liceo» (R.A., 304); balbuceo de ensayos de teatro infantil que le permite crear personajes imaginarios y dialogar con ellos, desde la prematura edad de siete años; vacaciones alpinas o marítimas; transitar constante por montes o valles a la búsqueda de un «más allá» siempre inédito; y, sobre todo, deleite de la música, que irrumpe con fuerza hacia los 15 años y ya nunca lo abandonará (R.A., 301-304).

Parece evidente que esos destellos teatrales, musicales y filosóficos no tienen nada de vulgares en G. Marcel. Ni en lo amargo ni en lo placentero. Su «situación» le sirve de marco para hacerse persona elocuente e interrogativa, filósofo y artista, desde la misma «experiencia concreta infantil». E incluso augura un tipo de personalidad muy deudora de sí misma, autoformada en muchos aspectos, y siempre abierta e interrogativa. El mismo lo advierte cuando, en mirada retrospectiva que abarca años infantiles y primera adolescencia, subraya el carácter e importancia de los *oasis* en su vida: vacaciones, montaña, viajes, exploraciones buscando siempre un «más allá», algo «recóndito» que se le tornará presente en el aquí y ahora.

«Todo esto ha supuesto para mí mucho más de lo que puedo decir; con manifiesta predilección por lo no familiar (habitual), no accesible, y con desdén, que hoy me sorprende, de lo que está al alcance de todos, de lo que todos han podido visitar... Cuando evoco esa disposición infantil, se hacen presentes en mi espíritu espontáneamente palabras como vanidad, snobismo. Pero, reflexionando sobre ello, creo, sin embargo, percibir otra cosa en el origen de esa predilección: el horror precoz de lo desflorado, la idea ingenua y absurda de que lo alejado en el espacio es también lo no-hollado, no-profano... Ilusión óptica de la que hay que reírse... Pero no creo engañarme reconociendo... en esta disposición el interés metafísico por descubrir lo más íntimo en el corazón de lo más distante; es decir, no se trataba de dominar el espacio mediante la rapidez (de movimientos) sino de arrancarle un secreto espiritual...» (R.A., 305).

Tenemos, pues, en germen, una personalidad pletórica de sensibilidad, muy interrogativa, afectada por su situación familiar, tendente a superar la cotidianidad, en peligro de interioridad obsesiva, necesitada de comunicación/convivencia, tocada por la inmediatez de la música no imaginativa, creadora de diálogo escénico sobre observaciones y vivencias existenciales, con el interrogante pendiente de lo «visible» y lo «invisible», de «lo que veo-capto» y de «lo que entreveo-vislumbro»: realismo integral.

2. HUIDA DE UNA EXPERIENCIA «EMPIRICA» Y RECURSO AL IDEALISMO

Queda dicho que la educación inicial provocó en G. Marcel gestos de rebeldía; no ya contra detalles familiares/escolares, sino contra el sistema mismo de valores que reducía al joven a un «universo desértico» en el que habría

de vivir más bien triste que jovial y esperanzado (R.A., 302). Por eso no es de extrañar que paso desde el Liceo Carnot a la Sorbona y al Colegio de Francia constituyera un salto afortunado, manteniendo los oasis y buscando otro vuelo al pensamiento juvenil.

A la hora de optar por su futuro vocacional, Marcel tenía ante sí tres perspectivas: 1ª, dedicarse a la *música*, que vivía con ardor de neófito a sus 15/16 años, adquiriendo ingente número de obras de Bach, que era su ídolo; en ese camino le faltó el beneplácito de su profesora; 2ª, cultivar con idéntico ardor el *teatro*, pues la aptitud de éste para la comunicación/diálogo/cuestionamientos cautivaba a Marcel; él de hecho estaba construyendo, a la edad de 15 años, en 1904, una obra, *Luz sobre la montaña*, antes de iniciar el estudio de la filosofía, que le serviría de base para su posterior drama, *Un hombre de Dios* (1921); 3ª, dedicarse al estudio serio de la *filosofía universitaria*, aunque sin renunciar a las otras dimensiones de su personalidad.

Académicamente optó por la Filosofía. Pero, al no ser ésta su vocación única, ni tal vez primera, las otras continuaron vivas³, en paralelo, rezumando por todos los poros de su personalidad. Ello nos permite vislumbrar en lontananza un tipo filósofo-artista que no se atendrá a modelos/arquetipos clásicos puros. Él mismo gustará de llamarse «filósofo-dramaturgo», y no ocultará que «la música era su verdadera vocación».

Incorporado, pues, como discípulo de Filosofía, a la Sorbona, una nota nos sorprende: su adhesión pronta, leal (¿incondicional?) a esquemas *abstractos de pensamiento*, al *idealismo* reinante. ¿Habría en ello cierta reacción de huida y compensación de la experiencia o «situación vital infantil» que le cupo en suerte? Él cree que sí: «Sin duda hacía allí acto de presencia la necesidad de tomarse la revancha de aquel mundo empírico en el que había tenido tantas oportunidades de reconocer mi ineptitud... Y en el plano de las Ideas, tenía la posibilidad de instalarme, de crearme un *chez moi*

3 Mientras cursa Filosofía, escribe *Las dos pasadas*, 1907, base de *Cuarteto en fa sostenido*, 1916/17.

(interioridad), más allá de todos los avatares lacerantes a que nos somete la vida cotidiana»⁴. El que deseaba superar aquella dolorosa realidad empírica (punto de partida un tanto negativo), se encontró a gusto en las manos amigas de un tipo de filosofía que le sustraía a la cotidianidad mediante el tránsito a la racionalidad, a un *mundo de ideas* abstractas, que en esta ocasión resultaban liberadoras: Ideas platónicas, devenir del Espíritu, lectura de la realidad desde/en la conciencia, trascendiendo (reflexivamente) cualquier hecho o situación concreta, y prendiéndola en categorías universales que le comunicaban su racionalidad.

Adquiere, por tanto, de buen grado en la Sorbona el bagaje filosófico *neoidealista-poskantiano* reinante: nuestro mundo es el mundo de nuestro conocimiento y conciencia; más allá de él nada existe; el hombre no puede escaparse de sus propios pensamientos. El neoidealismo se lo sirven, primero, su maestro Hamelin, y luego Brunschvicg (personaje, éste, con quien posteriormente polemizará Marcel oponiéndose a su «idealismo crítico», aunque lo admire, para ir en búsqueda del «realismo concreto»).

Como estudiante afortunado, Marcel amplió los contenidos de las explicaciones de clase con frecuentes lecturas de filósofos alemanes e ingleses. Nos lo ha dejado escrito en un párrafo alusivo al año 1908, cuando contaba ya 18 de edad y daba fin al ciclo básico de Filosofía:

«En el ámbito filosófico estaba yo profundamente influido por los pensadores germanos. Sobre todo me impresionaban grandemente los herederos espirituales de Kant. Y así, cuando llegó el momento de escribir mi tesis para el diplomado en la enseñanza superior, dediqué el trabajo a estudiar el influjo de Schelling en el mundo conceptual de Samuel Taylor Coleridge»⁵.

4 R.A. en *Ex. chrétien*, p. 294. En este y en otros textos me permito destacar algunas palabras en la traducción.

5 *Dos discursos y un Prólogo autobiográfico* (Herder, Barcelona 1967) p. 8. Sobre las doctrinas filosóficas reinantes en Francia en los años 1900 ss., véase Davy: *Un filósofo itinerante...* pp. 218-19; F. Blázquez: *La filosofía de G. Marcel* c.3 y 4.

Nombres memorables para Marcel en esta época: los clásicos idealistas germanos (Schelling–Hegel más que Fichte) y los anglosajones Bradley, Hocking y Royce. Con ellos comparte y se alimenta; y ellos le prestan las primeras armas de trabajo (incluso categorías de pensamiento, como el «Inverificable absoluto», o la «reciprocidad» en la dialéctica triádica). Tan impregnado quedó de idealismo (su primer contacto con la Filosofía) que posteriormente le resultó muy difícil el cambio/ruptura en su modo de pensar ⁶. (En realidad, siempre permanecerá en él cierta veta de idealismo). Una prueba de su ardor hegeliano juvenil la tenemos en esta frase pronunciada en la Sorbona, año 1909: «Lo verdaderamente real podría muy bien no ser lo que es más inmediato sino, al contrario, el fruto de una dialéctica, la coronación de un edificio de pensamiento...» ⁷.

Pincelada feliz para Marcel idealista, como contrapunto, fueron las lecciones de H. Bergson en el Colegio de Francia, a las que asistió durante dos cursos. En ellas se familiarizó con otro tipo de filosofía más vital. Y de ellas tomó piezas importantísimas para su ulterior pensamiento y estilo, por ejemplo, la *experiencia inmediata*, la *inmanencia vital* y la visión de la filosofía no como discurso sino como *acontecimiento y descubrimiento*: vía de conocimiento y método de acceso a la realidad que contrasta con los abstraccionismos objetivantes. «Tuve también la suerte (nos dice) de oír las lecciones de Henri Bergson en el Colegio de Francia; a lo largo de toda mi vida he reservado para él mi máxima admiración y respeto; lo cual no quiere decir que fuese discípulo suyo en terreno alguno» ⁸.

Retengamos, como subyacentes o superficiales, esas variadas venas de agua. Ellas, junto a otras, llevarán a Marcel al lago de su madurez personal, a veces sin que esté muy claro por qué aparecen en su persona determinadas actitudes (por ejemplo, la dimensión «religiosa» que le aflora como por necesidad congénita, aunque todavía no se profese vinculado a creencia alguna). Sólo en días de madurez se sentarán muchos

6 Cfr. *Etre et Avoir*, pp. 38-40

7 Cfr. Troisfontaines: *De l'existence a l'Être*, I, p. 41.

8 Cfr. *Dos discursos...*, p. 8.

temas centrales que pululan en su mente por los años 1908/1910, y que constituyen como dos fuerzas internas en pugna: realismo vital e idealismo.

Marcel accedió al profesorado en Filosofía mediando sus veinte años (1910), tras dos cursos de profundización. Y lo hizo armado con un esquema de pensamiento idealista que, obviamente, resultaría provisional. Pero muy pronto comenzó a sorprender con rasgos personales que denunciaban lo angosto del traje idealista en el que se sentía encorsetado. (Si la actitud de huida desde una «experiencia empírica dolorosa» dispuso el camino para su apertura al idealismo académico, la insatisfacción del esquema idealista bien podría convertirse ahora en el inicio del retorno a la realidad concreta, como apertura al hombre y al misterio del ser).

3. ANGOSTURA DEL IDEALISMO Y RECLAMO DE LA REALIDAD CONCRETA

Quien ha recibido el bautismo filosófico en la pila del racionalismo/idealismo no puede menos de pensar en un «sistema» de razón para estructurar sus ideas, rectoras-creadoras de las cosas. Lo demás son fragmentos de filosofía. Hegel o Schelling, por ejemplo, así lo enseñaron. Un autor, un sistema. Marcel participó también de esa sed o ambición de «sistema». Con motivo del esbozo de su Tesis, ya apuntó a la necesidad de poner la «afirmación de la trascendencia divina» como núcleo central a partir del cual cupiera pensar «la individualidad»⁹; y pocos años más tarde, 1914, al iniciar las notas de su *Journal Métaphisique*, lo hizo con pretensiones de verlo coronado en un tratado sistemático¹⁰. Pero más tarde desistió del empeño, cuando (actitud ya realista) estimó disonante en su concierto de ideas construir edificios nocionales, mientras se veía urgido por exigencias de horadamiento y

9 Cfr. Aduriz: *G. Marcel*, p. 8-9.

10 Cfr. *Introd.*, p. IX-X.

ahondamiento en la experiencia ¹¹, aunque lo envolvía una paradoja; «el primer deber del filósofo (dice) es resistir a la tentación» (del sistema), si bien la búsqueda del mismo «parece, sin embargo, estar incluida de alguna manera en su misma vocación» (R.A., 309). (Y tomada la opción por el pensamiento no sistemático, Marcel obligará a sus lectores a habérselas con exposiciones que tienen carácter de «meditaciones de esencia dramática..., musical» más bien que de esencia lógica-metafísica. De ahí las polarizaciones en la apreciación de la valía filosófica de este autor). Es su itinerario pensante.

Obviamente, G. Marcel, comienza a desarrollar sus capacidades tras la agregación de profesor, 1910; y lo hace mostrándose *pensador idealista* cargado de interrogantes. Pero no se gloria de su título de filósofo urdiendo prematuros discursos académicos. Tampoco desarrolla abstrusas lecciones fichteanas de cátedra (aunque transitoriamente ejerza la enseñanza en Liceos). Prefiere el recurso a la escena o teatro y a lo que llama su *Diario Metafísico* ¹². Dramaturgo y filósofo dándose la mano en cada palpitación, mostrando por ahora, en ambos aspectos, la influencia de Schelling, Hegel y los neohegelianos anglosajones ya citados. Dan fe de ello obras como *La Grace* (1911) y *Le palais de sable* (1913): dramas de ideas y teorías para pensar la gracia, la providencia, la fe, Dios; no dramas encarnados, vivos, de soledad, angustia, vacío, traición. En ellos todo discurre de suerte que pudiera entenderse o como sueño o como realidad. Y también lo hace (aunque ya apunte cierta lucha consigo mismo) toda la primera parte de su *Journal* (1914), en la que persisten las actitudes y teorías idealistas: sobre la fe y sus concomitantes religiosos ideales, sobre el tiempo y otras muchas concepciones. ¡Qué interesante resulta, por ejemplo, ver a Marcel en su *Journal* como a un paladín que se debate entre el mero «pensar la fe», mirándola desde fuera del compromiso,

11 Crf. *Du refus a...*, pp. 22-24; *Homo viator*, Pról., trad. cit. p. 7; E. Gilson, en *Existentialisme chrétien*, p. 2-3.

12 Es frecuente distinguir tres *Diarios* en Marcel: *Diario Metafísico* (de 1914 a 1923, editado en 1927); *Ser y tener* (1928 a 1933, editado en 1935); y *Presencia e inmortalidad* (1938-1943, editado en 1959).

objetivándola, poniendo a Dios como el «Inverificable absoluto», y el «vivir la fe» con compromiso de fidelidad, sin caer en fideísmo o subjetivismo! ¹³.

Y aquí aparece un rasgo sorprendente: *Marcel invadido por preocupaciones religiosas*. ¿Cómo aquel joven indiferente inicia sus reflexiones filosófico-teatrales entrando de lleno en el campo *temático religioso* y en cuestionamientos sobre la fe, Dios, la experiencia mística, la sutil complementariedad de filosofía y religión? Interrogante de no fácil aclaración, aunque Marcel sólo se ocupe, por el momento, de fijar las «condiciones a priori de toda fe auténtica». Lo cierto es que quien daba en el rostro como displicente en esa materia, pero buscador, desde sus infancia, del sentido de lo inmediato en una raíz que esté *más allá* (más allá de la montaña, de lo cotidiano, de lo superficial...), se encuentra ahora con la imperiosidad de lo religioso, como elemento básico de la imperiosidad del pensamiento filosófico, sea éste idealista o de otra especie ¹⁴. En el fondo Marcel parece un idealista que, además de no ser exagerado, se siente ya insatisfecho en su personalidad polivalente (músico, dramaturgo, filósofo, religioso), aunque carezca de horizonte claro (R.A., 308).

Un ingrediente nuevo vino a provocar el giro de conciencia que se vislumbraba próximo en su historia. Me refiero a su encuentro vital y terrible con las sueltas de la I Guerra Mundial, 1914-1918. En los años 1910/1914, dice Marcel, Europa se hallaba satisfecha de sí misma (comodidad, libertad, viajes, paz...) y le iban bien las abstracciones idealistas y la eficacia científica. No estaba en situación para un «cambio existencial». El monstruo de la guerra lo transmutó todo radicalmente. Él, Marcel, incorporado a los servicios de la Cruz Roja, por debilidad física que le impedía otro género de batallas, quedó sumido en amarga depresión al participar

13 Cfr. *Journal...*, pp. 32-33, 152-153; F. Blázquez: *La filosofía de G. M.*, pp. 25-26.

14 Referencias a este tema: cfr. F. Blázquez, *La fil. de G. M.*, c. 1; Charles Moeller, *G. Marcel y el 'misterio' de la esperanza*, en su obra *Literatura del XX y Cristianismo*, IV, 3.^a parte, Madrid, Gredos, trad. V. Yebra, pp. 269 ss. Marcel manifestaba a Prini (en su Carta-prólogo a *G. Marcel e la metodología dell'inverificabile*, ed. Roma 1950) que desde 1914 su búsqueda de Dios ya era sincera en el sentimiento de lo trascendente.

del dolor y desesperanzas en la búsqueda de seres queridos, víctimas de la insensatez humana de las armas. Esta experiencia larga, lacerante, le hizo recobrar el sentido de la vida concreta, trágica, de valores encarnados, de crueles injusticias e intereses mezquinos, de manipulaciones y anonimatos... ¿Es sólo esto la vida? No. Hay que recuperar la mirada trascendente, la interioridad no degradable, la respuestas auténticas y concretas ¹⁵. ¿Qué significan para la *vida trágica* las abstracciones idealistas, a partir de la autoconciencia, o la reducción del saber al orden de la ciencia estipulada con cánones prefijados? Quien vive y quien muere es el *hombre*, el de carne y hueso. ¿No deberían tratar de él la Filosofía, el Teatro...? Los efectos de esta tragedia y su expresión en categorías existenciales van apareciendo a partir de la *segunda parte* del *Journal*, escrita entre el 15 de septiembre de 1915 y el 24 de mayo de 1923.

Acentuemos algunos pasos de su trance vital, para descubrir el tránsito hacia un tipo de pensador con perspectivas muy personales que acaban disipando (en su medida) los gérmenes idealistas: golpes de fortuna y de infortunio en su hogar, acceso privilegiado a la cultura, sensibilidad y vocación artística, vocación filosófica, sed de comunicación, hambre de sentido, ausencias prematuras que intenta hacer presencia en el misterio de amor, sufrimiento y casi desesperación ante la soledad, dolor y angustia existencial en medio de la guerra, vaciedad de las palabras etéreas/idealistas ante el realismo del hombre concreto punzado por el sinsentido del vivir... A Marcel le cuesta formular filosóficamente cuanto intuye desde su profunda experiencia interior; pero la personalidad del «filósofo de lo concreto y vital» está constituyéndose.

15 Cfr. *Regard...*, en *Existencialisme Chrét...*, p. 311.

4. PENSAR DESDE EL HOMBRE Y PARA EL HOMBRE

El apunte precedente sugiere entre líneas que la vida de G. Marcel y la génesis de su pensamiento más genuino se atienen al obligado proceso/forja de su personalidad: músico, dramaturgo, psicólogo, excelente fenomenólogo, antena de lo real misterioso, filósofo siempre en búsqueda de verdad... Posee cualidades innegables para la alta especulación hegeliana, pero su destino es el realismo vivo. La abstracción como tal nunca le pareció habitable. Simplemente la tomó (según propia confesión) como campo para el despegue, con rechazo de la burda experiencia «meramente empírica» que apresaba a su espíritu y a todo espíritu sin darle vuelo y esperanza. La verdadera «experiencia», agrega, «lejos de ser un trampolín, ¿no era par mí una tierra de promisión?»¹⁶

Gabriel Marcel en esta segunda etapa de su vida joven mantiene valores primitivos: amor a los viajes, «ligado(s) a la necesidad de darme un mundo interior» (R.A., 306); «metafísica del *chez moi*... (que) estaba de alguna forma subyacente en aquello que podía aparecer como un puro y simple infantilismo» (ibid.); emociones estético-religiosas que hacían despertar el más allá (ib. 307/308); pero todo ello unido, a partir de la guerra, a dos reacciones imparables: una contra el idealismo, para criticarlo desde dentro y para superarlo desde el realismo de los problemas y situaciones; y otra a favor del hombre concreto, del hombre *ficha, número, cosa, objeto* (que pronto llamará *problema*), para recuperarlo y elevarlo a su condición de *persona, ser en comunión y en libertad, principio y meta de amor*... (que luego englobará en el plano del *metaproblema-misterio*)¹⁷.

Aquí germina el definitivo *magisterio* de Marcel. Sus penetrantes análisis fenomenológicos de las presonas y actos

¹⁶ *REGARD...*, p. 296.

¹⁷ Obras expresivas de estas actitudes: Segunda parte del *Journal Métaphysique* (1914-1923); *Etre et avoir* (segundo Diario, 1928-1933, que contiene los momentos de preconversión-conversión-vivencia de fe católica); tres piezas dramáticas de la postguerra, 1919-1921: *La muerte del mañana*, *La capilla ardiente*, *La mirada nueva*; y también *Cuarteto en fa sostenido* (compuesto en 1916/17), *Lo insondable* (1919), *El iconoclasta* (1919/20), *El corazón de los otros* (1920), y *Un hombre de Dios* (1921).

humanos; su justiprecio de las cosas, ciencia y técnicas, en orden a la salvación del hombre y no de su destrucción; y su versión de la vida y del pensamiento en categorías subjetivas (filosófico-religiosas), le incorporan, por una parte, al movimiento espiritualista-personalista (de Sócrates, Agustín, Pascal...), y, por otra, le avalan como creador del *existencialismo francés*, pues introducen la década de los años veinte (como cosecha propia) los temas o tesis características del existencialismo europeo de Kierkegaard y sus epígonos. Sirvan de ejemplo las categorías de *situación* y *compromiso* que, pergeñadas por él en el *Journal Métaphysique*, obtendrán popularidad gracias a los estudios posteriores de Jaspers (a quien Marcel se mostrará muy adicto y deudor, como a Kierkegaard y a otros muchos autores) ¹⁸.

En el magisterio y nuevo itinerario de Marcel la «experiencia personal» y la autenticidad de lo vivido» en sí y en otros, adquiere absoluta primacía. Ya no hay jornada desvinculada del hombre en su concreción: hombre, *ser inacabado* y en *situación existencial*, más o menos dramática, esperanzada o desesperanzada, como aparece en varias piezas drámaticas y sombrías de las postguerra, cuyos personajes viven, obsesivos, la «ausencia/muerte» y la «presencia/amor» del que «no puede morir» ¹⁹, y el conflicto íntimo del *tener o inautenticidad* (en figuras de cotidianidad, posesión, dominio, manipulación e individualidad hermética), frente a la *autenticidad* que da la verdadera dimensión del ser ²⁰; hombre, ser en camino (*Homo viator*, que dirá más tarde) al que se le descubren, en su vivir encarnado, no sólo prerspectivas de utilidad y dominio (problemas) sino horizonte ontológico-teológico donde el ser/vida/persona/mundo/conocimiento... se impregnan de «misterio» ²¹. Aquí la experiencia de utili-

18 Cfr. F. Blázquez: *La filosofía de G. Marcel*, c. III: *Fuentes y referencias filosóficas en la obra de G. Marcel*, pp. 83-104. Marcel es un ejemplo de honestidad en el reconocimiento de sus deudas y coincidencias: idealistas, existencialistas, religiosas, etc. (cfr. *Entretiens...*, p. 24; *Filosofía para un tiempo de crisis*, Guadarrama, Madrid p. 26; *Kierkegaard vivo*, Alianza pp. 52-53, Madrid.

19 Ejemplo: *Lo insondable*.

20 Cfr. Davy: op. cit., pp. 127-131.

21 Marcel comienza sus reflexiones por la vía común de *cuestiones-problemas*; planteamiento sobre *objetos* tal como se efectúa en cualquier ciencia; a partir de

dad/dominio de las cosas se supera en experiencia, intuición e interpretación del propio ser como «participación»²², y en lanzamiento hacia metas que no son fatal desesperanza/muerte/absurdo, sino inmersión en un sentido integral nuevo que todo lo ilumina²³.

Aún más. En ese metafórico viaje el *homo viator* cultiva su dimensión de *exterioridad corporal* (vía de comunicación con las personas/cosas externas)²⁴, pero prima la *interioridad*: convocación *más allá* de las apariencias y de la pura contingencia, y de objetivación científico-tecnológica e *inautenticidad*. Fustiga, a su vez, la posible y real manipulación de los seres, sobre todo de los hombres, cuando a éstos se les reduce a la condición de «cosa», versátil y fugaz, sin grandeza de «misterio» que los envuelve en luminosidad y libertad²⁵. Cuando enmarca la «situación» de su realidad encarnada en circunstancias biográficas, convivenciales, históricas, culturales..., no se arroja en manos del azar o absurdo, sino que se otorga cierta vigencia metafísica, precisamente a través de su «participación en el ser», diferenciando así filosofías de muerte/sinsentido/absurdo y filosofías de esperanza²⁶. Y la expresión conceptual de todo ello la hace en categorías y formas de pensar que no se fosilizan, como estructuras estáticas, sino que mantienen constante dinamismo, y en lenguaje que no parcela el campo del saber humano en

El iconoclasta, 1919-20, se vislumbra la distinción *problema* (ciencia objetiva) *misterio* (metaproblemas, saber-realidad más allá de lo científico problemático), en 1933 perfecciona cada una de esas categorías con rasgos bien definidos en *Aproximación al misterio del ser. Posición y aproximaciones concretas*; y posteriormente lo explaya en *Misterio del ser* (1951).

22 Participación y ser como misterio se dan la mano. Es idea dominante en *Etre et Avoir*, que concluye exponiendo la *fenomenología del tener*, contrapunto del *misterio*.

23 En esa línea trabajan: *fidelidad, disponibilidad, esperanza...* en Marcel frente a otros autores Cfr. *Homo viator*, cc. 1 y 2.

24 Es el tema de la encarnación: ser-en -el-mundo por medio de la corporeidad, con todas sus consecuencias. Cfr. F. Blázquez: *La filosofía de G. Marcel*, pp. 132 ss. Pero al mismo tiempo ha de considerarse a Marcel como uno de los más grandes defensores de la *interioridad*, sin la cual no hay *autenticidad*.

25 El otro y la *comunidad-comunicación* participan del misterio y de la dignidad del ser y del yo. La *comunidad ontológica* supera todas las formas imperfectas de ser en relación. Cfr. E. Sottiaux: *G. Marcel*, cc. 1-3.

26 Marcel existencialista se coloca en los antípodas de Sartre y declara que la negatividad le resulta absurda.

zonas valladas, obstaculizadoras, por ejemplo, de la comunicación válida entre el tú y el yo, entre experiencia científica (campo de problemas), y experiencia filosófica (metaproblemas) y de fe ²⁷.

Ese apunte de pistas (superado el idealismo con esfuerzo) enuncia la multitud de hilos conductores por los que Marcel retorna –a su modo– al primigenio *realismo*: realismo «marceliano», muy concreto, vivencial, experiencial, no meramente empírico sino también espiritual, trascendente a los cálculos técnicos de cualquier tipo, y que intenta borrar el máximo de ambigüedades filosófico-religiosas. Realismo que le conduce, primero (al menos teóricamente), al paso/conversión del idealismo al existencialismo ²⁸ y, luego, a la robusta afirmación de coherencia «vivida» entre vida humana, razón metafísica y fe; hasta culminar, por gracia, en conversión/compromiso religioso con el catolicismo, en el año 1929, tras varios años de paz en la pluma filosófica y de inmersión en el misterio del Ser y de la Luz.

El relato emocionado, sencillo y muy personal de ese momento último, difícil, crucial, lo tenemos en *Etre et avoir*, segundo *Diario marceliano* ²⁹. Lo que sobreviene a partir de esa actitud (extremadamente coherente, como fueron siempre en su intimidad responsable los actos de Marcel) es expresión de la grandeza humana y filosófica de un hombre insobornable e integral: defensa del personalismo, libertad, fidelidad, esperanza, etc. Pero no cabe hacer, en estos párrafos sintéticos sobre la génesis de su actitud filosófica, navegación especial por esos ríos de gran caudal.

Digamos en formulación clara: ¿tema central de la filosofía *mareliana*? El hombre. No como abstracción «hombre», sino en cuanto concreción, hombre encarnado; no en cuanto «pensar sobre el hombre», como «objeto» de discursos que parten de su concepto ideal para descender luego a su «existencia de situación», sino en cuanto realidad viva cuya existencia se nos da, la encontramos, la buscamos y horada-

27 Esto se aplica a sus reflexiones y actitud ante el tema y realidad de Dios. Cfr. Charles Moeller, op. cit., pp. 269-277; F. Blázquez: op. cit., pp. 181-210.

28 Cfr. F. Blázquez: op. cit., pp. 27-46.

29 Cfr. *Etre et avoir*, p. 17.

mos...³⁰ ¿*Categorías conceptuales de expresión?* No las «categorías objetivadoras» de la filosofía esencialista e idealista sino las «categorías subjetivas», es decir, existenciales en el lenguaje de Kierkegaard o similares. ¿*Visión de la vida humana?* Dinámica, vital, participativa del ser, fiel y auténtica. ¿*Pensamiento marceliano existencial?* Rumia constante del tema de la vida humana en su autenticidad, no para construir un sistema/edificio sino para profundizar en la estructura íntima de la «experiencia», «mirada no solamente en su contenido, sino en su cualidad, en su ser de experiencia»³¹, que posee unidad de coherencia no de carácter lógica/racional sino más bien de continuidad psicológico/vital.

Obviamente, desde el momento en que Marcel renuncia a considerar realidad y hombre en forma discursiva, objetiva y sometible a sistema científico (siempre un tanto artificial), se interna por un campo de acontecimientos, paradojas, sorpresas y misterios en los que la «realidad» no queda circunscrita por lo «comprobable» sino que se expande en superiores dimensiones³². Pero el objetivo de Marcel no será alcanzar por esa vía una cosmovisión o filosofía de «totalidad» sino «ahondar, cavar» en el hombre³³, ganando así en intensidad humana lo que se pierde en extensión, y dotando de enorme responsabilidad al hombre auténtico. Proceso de profundización por círculos concéntricos.

Leamos las palabras con que describió Marcel al *hombre concreto*, al sujeto singular, primario, irreductible en sí y

30 La categoría de *existencia cambia* y perfecciona su sentido en Marcel (como otros conceptos) a medida que evoluciona su pensamiento: hay *existencia* en valor *espacial/corporal* (*Journal...*, pp. 26, 33); y *existencia* como *inmediatez pura* que se da en experiencia de *co-nacimiento, co-existir*, no-objetivo, lo cual es mucho más rico y profundo (así en la obra *Existencia y objetividad*, 1925, y *Journal...*, II parte, pp. 310).

31 Cfr. *Du refus à l'invocation*, pp. 23-24; Aduriz, op. cit., p. 16.

32 La polémica con Brunshwicg sobre este tema fue uno de los estímulos en la filosofía de lo concreto de Marcel (Cfr. F. Blázquez, c.c. pp. 32-37). Ser/verdad/realidad no es sólo lo sometido a *verificabilidad científica*, no lo *generado en la razón*, sino lo que existe y se da también como *misterio*.

33 Es característico el método socrático, experiencial y circular de Marcel: comienza en la observación/análisis de un dato, y va ahondando gradualmente en él para captar todas sus implicaciones. Cada círculo es una aproximación (Cfr. *Du refus à l'invocation*, pp. 80, 85, 87).

abierto al «otro», y siempre en actitud de conciencia interrogativa:

«*El hombre de la barraca* tiene unos cuarenta y cinco años. Su cabello, gris... Trabaja ocho horas diarias... Tiene que comer. La comida es incluso buena... Habla poco, siempre con lentitud y con reserva. Habla de lo que poseyó en otro tiempo, de los suyos, de la granja, y al hablar de esto vuelve a ser humano...; luego, vuelve a su mutismo. Pero antes ha planteado una cuestión, siempre la misma, para la que, ciertamente, no espera tener respuesta: *¿quién soy yo?, ¿por qué vivo?, ¿qué sentido tiene todo esto?...* Ese hombre en el mundo del Estado y de la Sociedad no representa ninguna *realidad viva*; número sobre una ficha... Pero en verdad este hombre no es un número. Es un ser vivo, un individuo, y en cuanto tal, nos habla de su casa..., de los suyos..., de sus animales...»³⁴.

Queda ahora muy lejos de la conciencia marceliana cualquier sistema de abstracciones. Sólo se escucha el gozo o el sollozo, la vida y la esperanza de un *ser* que se interroga cada día por las condiciones de su fidelidad y autenticidad.

5. GENESIS DE UNA FILOSOFIA ONTOLOGICA CONCRETA

Los filósofos que construyeron sistemas en filosofía lo hicieron por recurso a un proceso dialéctico, y precisaron siempre de un sólido *punto de partida*, por ejemplo, del *Cogito* cartesiano. Marcel, por lo que se ha dicho ya, eligió un género de filosofía que no gusta de sistema y dialécticas convencionales razonando sobre «objetos»; en consecuencia, no precisa edificar a partir de un concepto, intuición o principio críticamente elaborado. Marcel se confronta más bien con el

34 *Les hommes contre l'humain* (Paris 1951) p.54.

racionalismo/idealismo, oponiendo al *Yo pienso* (que en lenguaje fichteano sería el *Yo absoluto que* «se pone a sí mismo, frente a un objeto» e intenta luego llegar al «objeto en cuanto real») el *Yoy soy*: percepción inmediata, radical, factual, de mi ser existiendo. No comienza *pensando* sino *siendo*.

La diferencia es notable: en el racionalismo/idealismo el *yo* es *sujeto* de una proposición/discurso muy conceptualizado; en el realismo marceliano el *Yo* es un existente, que participa del ser. Nada hay anterior a esta percepción, llámese intuición, encuentro, dato o como se quiera. Tú, yo, él comenzamos a comunicarnos porque y en razón de que «existimos» participando del ser. En Marcel está muy claro que *el pensar no pone al ser*; al ser *se accede*, y desde el ser se piensa. Esta novedad marceliana pone el acento filosófico en algo que cabría explayar como *acto de ser en la metafísica tradicional*, visión positiva que rompe con el kantismo y perfecciona internamente al bergsonismo del devenir creador³⁵.

Todo el dinamismo de las facultades superiores humanas se configura como exigencia ontológica, insaciable sed de realidad. Si se utilizara con cautela, cabría decir que el hombre marceliano se mueve casi instintivamente/intuitivamente en la forzosidad de que haya *ser*, ser del que se siente *partícipe*. Pero ¿qué es el ser? He aquí un interrogante en el que Marcel se recrea. Si responde: el *ser* es la estructura resistente de la realidad que se expresa en diversos conceptos metafísicos, cae en el racionalismo que ha descartado. En cambio, si responde: la pregunta *¿qué es el ser?* no va sola sino que está necesariamente acompañada de la pregunta *¿quién soy yo que pregunto por el ser?*, abre el camino a su propio pensamiento existencial. En efecto, dice, cuando pregunto si existe el ser estoy preguntando exactamente si existo yo que pregunto. Lo uno sin lo otro resuta contradictorio. Dilema de difícil superación: en el campo ontológico, vitalmente necesito afirmar el ser, afirmándome a mí mismo, pero críticamente no lo puedo justificar; y críticamente, si no aseguro el ser, no tengo seguridad de que yo lo soy. Para

35 Cfr. *Du refus à...*, p. 26; Aduriz, op. cit., pp. 3-32; Davy, op. cit., pp. 239-242.

Marcel, no queda otra vía que encontrarse con el ser dejándose poseer por él como por el sutil tejido que penetra todas las artriculaciones de la realidad y de mi vida ³⁶.

¿Cómo acontece ese fascinante encuentro (intuición) del ser? Únicamente en cuanto que soy capaz de superar el nivel de tratamiento objetivante, analizador, *problematizador* de las cosas para elevarme (segundo momento) a la esfera del *misterio* en el que yo mismo me siento *implicado* ³⁷. Y ¿cómo será posible sorprender la realidad de nuestro conocimiento? Mediante la actitud cognoscitiva del *recogimiento*, cuyo papel consiste en redescubrir, provocar en la maraña de los análisis una intuición de carácter ontológico: revelación del ser como presente y envolvente, sumergiéndome en él. Intuición de corte nuevo: « se posee sin saber inmediatamente que se posee..., que se percibe a sí misma sólo a través de los modos de experiencia sobre los que reflexiona y a los que ilumina». Marcel gusta de hablar del *recogimiento* como «seguridad difusa» del conocimiento, no por vía *emotiva* sino *ontológica*, es decir, a modo de satisfacción de la exigencia ontológica en el contacto implícito/inmediato con la realidad del ser. Todo ello en y con un existente peculiar que soy yo mismo –indubitable existencial, no meramente lógico– que percibe como absurda la negatividad respecto de lo real y que cuenta con la inmediatez vital de la experiencia. Dice textualmente Marcel: «No se trata del *yo pienso* cartesiano; ni del *yo del yo vivo*; se trata del *yo virginal* del *yo experimento*, tomando *experimento* en la indeterminación máxima de la palabra» ³⁸.

La entrada en la metafísica de Marcel tiene, pues, en su exigencia ontológica, como dos momentos o reflexiones:

³⁶ Cfr. F. Blázquez, op. cit., cap. V, 4 y 5; *de la objetividad a la presencia*, etc., pp. 143-152.

³⁷ Cfr. *Du refus à...*, p. 23, 33; *Etre et avoir*, p. 41, 120, 180. –Esto se relaciona con la *metodología* del conocimiento en Marcel: no dialéctico-discursiva sino de ahondamiento en el hombre y en el ser, *por aproximaciones*, en 1ª y 2ª *reflexión*, *abarcando concéntricamente* a la realidad que se manifiesta. Se da carácter de manifiesto metodológico a los trataditos *Existencia y objetividad* (Apéndice agregado al *Journal metaphysique*) y *Aproximación al misterio del ser* (Apéndice de *El mundo roto*, 1931).

³⁸ *Du refus à...*, p. 26.

primera, la mirada del *yo* sobre mi vida y las cosas, asemejable a mirada del *yo expectante/espectador* que recae sobre un *objeto/espectáculo* que no me compromete (objetivación, problema, sujeto frente a objeto, fenómenos de posesión/tenencia/dominio...); segunda, la mirada de ahondamiento, revelación de la condición previa que hace posible cualquier juicio cognitivo real, percepción por *recogimiento* en cierta unidad vital e inexpressable implícita en la forma del *yo experimento*.

El desarrollo de las virtualidades contenidas en esa concepción del *Yo soy*, del *Yo experimento*, de la *necesidad ontológica*, del hombre en *actitud de fidelidad, esperanza...*, es el formidable programa que se impone Marcel en sus obras de madurez, siempre fiel al socratismo radical cristiano que reflexiona, en forma comprometida, subjetiva, sobre el *hombre concreto, el misterio del ser, el Absoluto personal de Dios*.

6. CONCLUSION BREVE

La filosofía/metafísica de Marcel, en su *momento germinal*, compromete al hombre con el ser, y ha de entenderse como «reflexión continua en perspectiva de misterio» o realidad metaempírica/metaproblemática. Hacer filosofía es ahondar en la condición encarnada de los seres pensantes/libres que participan de la realidad total; es denunciar las pretendidas suficiencias del «tener»: tener ideas, ciencia, técnica, manipulación/dominio del hombre y de la naturaleza; es vivir y pensar en actitud abierta al ser: presencia cautivadora, luminosa, en la que el *yo experimento* se sumerge y toma posesión de sí mismo; es conocer por discernimiento, aproximaciones, revelaciones/intuiciones, situándose en actitud de «recogimiento» que, previa «invocación», enseña a apreciar y vivir en «fidelidad creadora», a tomar decisiones en libertad y disponibilidad, por referencia al *tú humano* y al

tú absoluto cuya existencia y vida sobrepasan todos los planos nocionales, pues son el misterio y fuente de misterio. Perder el sentido del «misterio–subjetividad–participación–coexistencia...» es volver a niveles de «problemas» que distancian pensamiento y vida, pensar y ser, sujeto y objeto, olvidando la necesidad o exigencia ontológica realista. Que estos planteamientos, escasamente metafísicos para el racionalismo, sean o no convincentes en su dramatismo existencial, es otro asunto.

CANDIDO ANIZ IRIARTE